

Sobre la consciencia a merced de las corrientes de aire de Marisa Rubio

Hay teorías que sostienen que el caballo de Troya era en realidad un barco. En la muestra de Rubio los espacios pequeños y la restricción del movimiento lo emparentan a una embarcación. También las obras expuestas y los tragos que ofrece al final del recorrido al espectador parecen formas de acompañar el transcurso del tiempo en altamar. El viaje consiste en el gesto continuo de encerramiento.

La coincidencia de la muestra con la infancia no tiene que ver tanto con la aventura, sino con un gusto por las carpas y el recoveco. Poder reducir el mundo a un refugio enigmático y diminuto. El mundo puede eliminar todo de sí mismo, para existir solo necesita de personas.

Con esta reducción de recursos, la obra de Rubio no deja de ser una arqueología de la mirada. Hay algo de gabinete de curiosidades con los cortinados, la oscuridad y las linternas que nos recuerdan a los orígenes del cine. Las gemelas son también fenómenos que están dentro del recorrido; lo mimético.

Lo curioso es lo mínimo. Al reducirse el espacio de exposición la muestra casi pierde la forma y lo que se expone son gestos: las bailarinas modeladas con los dedos delicadamente en papel y dibujos que caben en la palma de la mano. La curiosidad es lo mínimo que nace no cuando se oculta sino cuando se vela.

Mariana López